

Jueves IV de Adviento



21 de diciembre de 2023

Sof 3, 14-18

Sal 32

Lc 1,39-45

P. Eduardo Suanzes, msps

Sofonías es un profeta del siglo VII a. C., contemporáneo de Jeremías, en tiempos del rey Josías. Este rey fue un gran restaurador de Israel y Sofonías colaboró con él en esa empresa, denunciando las costumbres extranjeras y prediciendo la destrucción de Nínive, capital del reino asirio invasor. Sintió acercarse la gran catástrofe sobre Jerusalén pero concluyó su tarea, como otros profetas, con una profecía de esperanza, que es el texto que hemos escuchado hoy en la Primera Lectura.

En este texto profético tan bello se habla de dos alegrías: la alegría de Israel y la alegría de Dios. El fundamento de la alegría de Israel está en que Dios estará en medio de él para siempre y no tendrá ya nada que temer. El fundamento de la alegría de Dios está en el amor que siente por el ser humano, simplemente eso, porque se goza y se complace en el ser humano. De alguna manera Sofonías describe la experiencia espiritual del ser humano que será introducido en la comunión con Dios, que se siente amado por Dios de una manera radical, gratuita e incondicional.

En este sentido me acuerdo de un texto de Juan de la Cruz en que pone en boca de Dios esta frase de amor por el ser humano: « *yo soy tuyo y para ti, y gusto de ser tal cual por ser tuyo y para darme a ti*»¹. Un texto de una audacia teológica impresionante como la audacia que muestra Sofonías al proclamar la alegría de Dios por visitar al hombre. Equivaldría a decir: Dios no gustaría de ser Dios si no fuera para ser del hombre y para darse a él. Como si la autoconciencia divina estuviera toda ella orientada radicalmente hacia el ser humano en una tensión plena de autodonación gratuita al hombre.

En el Evangelio vemos a María, presurosa, encaminada a un pueblo de las montañas de Judea y escuchamos la bienaventuranza pronunciada por una mujer: «*Feliz tú que has creído, porque se cumplirá cuanto te fue anunciado de parte del Señor*».

Esta bienaventuranza debemos aplicárnosla a nosotros mismos: «feliz tú porque has creído, porque se cumplirá en ti la voluntad del Padre»: tu tiempo estará en el centro de la Trinidad; tus lágrimas, tus sonrisas en el centro de Dios; tú le poseerás y serás al mismo tiempo poseído por Él: ya no hay distancias, porque el Verbo se ha hecho carne; ya hemos sido encontrados porque deseábamos que así fuera: este es el secreto del Adviento: querer ser encontrados en la pequeñez de un pesebre.

Y así como Dios es un instante eterno se hizo hombre, así también nosotros misteriosamente entramos en la eternidad cuando, como María, decimos de corazón: «*hágase en mí según tu palabra*»

¹ JUAN DE LA CRUZ. *Llama de amor viva (B)*, 3,6